

ENRIQUE CUENCA

R-10216 A

CLEOPATRA

Portada de COLL



EDICIONES G. P. BARCELONA

Del mismo autor:

**N.º 4 LEONARDO DE
VINCI 1'50 ptas.**

Impreso en España - Printed in Spain

*La mujer prudente edifica
su casa; la necia la derriba.*

SALOMÓN

PREAMBULO

Cleopatra fué reina de Egipto. Reina seductora, hechicera. ¿Qué poder, sino el hechizo de su belleza, el conjuro de su feminidad, sus mañas, sus mimos y halagos, pudo ganar el corazón de César, siendo éste de edad madura y uno de los mejores generales de todos los tiempos? Cadenas muy fuertes tenían que ser aquellos brazos de mujer para detener a un César en-

zarzado en plena guerra civil romana, y lograr que, a su regreso, la llevara a Roma como favorita. *

Y aun más decisivo fué el influjo de Cleopatra en la vida de Marco Antonio, al que dominó hasta conseguir ser elevada en Asia al rango de «Reina de las Reinas» y lograr que éste se uniera con ella para combatir contra Roma.

En el hombre, son sus hazafías lo que más le encumbra a la perennidad; en la mujer, en cambio, el amor que supo despertar. Y Cleopatra llenó la vida de estos dos amantes, los cuales, como luego veremos, después de tanta gloria y esplendor, tuvieron un final trágico.

Muy conocida es la frase de Pascal: «Si Cleopatra hubiese tenido la nariz más corta, el destino de la historia universal hubiera sido distinto». Las monedas que se conservan con la efigie de Cleopatra, pese a que en ellas se idealiza siempre a la soberana, nos la muestran con una nariz sobradamente aguda. Sin embargo dudamos que de haber tenido una perfecta nariz griega, gozara una mayor influen-

cia sobre Marco Antonio de la que en realidad tuvo.

Cerramos este preámbulo con la frase de Anatole France: «Cada vez que aquella singular reina abría los brazos, desencadenaba una guerra».

Puede que fuera así; pero siempre para ganar un trono, ya fuera el propio, si se lo habían arrebatado, o el de otro príncipe. Cleopatra fué una reina seductora. Jamás olvidó el alcance político de sus éxitos. Era una mujer extraordinariamente atractiva y monstruosamente ambiciosa.

PRIMERA PARTE

CLEOPATRA Y CESAR

I

Cleopatra nació el año 69 antes de la Era Cristiana. Al morir su padre, Ptolomeo XIII, sólo contaba 17 años.

El hermano de Cleopatra, que subió al trono con el nombre de Ptolomeo XIV, no pasaba de los 10. Cleopatra y Ptolomeo compartieron el trono de Egipto: eran esposos. Esta fué la voluntad de su propio padre, quien, al morir, dispuso que los dos hermanos contrajeran matrimonio para reinar juntos. Cleopatra subió al trono el año 51. Poco después, la situación en el palacio real de Alejandria empezó a ser muy violenta. Ptolomeo XIV, el co-reinante, era un niño; pero tenía a su lado a los dos hombres más poderosos del reino: el eunuco Plotino y el jefe del ejército egipcio, Aquilas.

Entre la reina y los consejeros de su hermano se trabó empeñada batalla por la conquista del poder. La conjuración contra Cleopatra se fraguó durante la coronación de su hermano en Menfis, solemnidad que se celebró al cumplir el rey los 14 años.

Es de suponer que los conjurados acordaron la muerte, y no el destierro, de Cleopatra. Los consejeros del rey, a buen seguro, no estaban dispuestos a dejar escapar tan peligroso enemigo. Un asesinato más no era obs-

táculo para los cortesanos de Ptolomeo.

Cleopatra consiguió huir; aquella desesperada situación sirvió tan sólo para que ella, Cleopatra, pusiera de manifiesto la fortaleza de su temple. Pronto reunió un ejército en Siria, y en septiembre del año 48 la encontramos en Pelusio, dispuesta a romper las hostilidades contra su hermano.

Es en este tiempo cuando Julio César, que había vencido a Pompeyo en Farsalia y lo iba persiguiendo desde Rodas, llega a la capital de Egipto. César quiere poner orden en Egipto; desea que renazca la paz y cese la guerra civil. Así, reconciliados los dos hermanos, sería más fácil someterlos a la influencia romana. Aunque, al desembarcar, sus ejércitos fueron recibidos hostilmente, César intenta que los dos hermanos depongan las armas y lo acepten como árbitro de sus diferencias. Pero fracasa en el empeño de poner paz.

Combatido por los partidarios del rey, César vuelve la vista a los seguidores de Cleopatra. Los correos de César llegan secretamente hasta Pelusio, al cam-

pamento de la reina egipcia, y le dicen que el César desea verla.

II

¡Cómo alegran a Cleopatra estos emisarios del César! Ella se siente feliz y su rostro divino se ilumina. ¡Hacía tanto tiempo que buscaba un pretexto con el fin de presentarse al gran señor romano! Mientras en el palacio real de Alejandria el César planeaba con el joven Ptolomeo el orden definitivo de Egipto, ella presentía un destierro definitivo. Cleopatra paseaba, en Pelusio, tremante y felina, presintiendo el triste y fatal destino de sus derechos dinásticos. Si César apoyaba a Ptolomeo, su fin era el exilio definitivo, no cabían ya ilusiones de poder, imperativo racial de su familia.

Pero César tiene tanto de guerrero como de admirador de mujeres; es un gran amante de placeres y refinamientos. Cleopatra lo sabe y presiente su triunfo. Tenía ganada la batalla si lograba fascinar al César. Y ella sabía que lograría apresarle con la dulce cadena de sus brazos. Así tendría la ayuda de Roma para la restauración de su trono.

Sí; Cleopatra estaba segura de su triunfo. En las lides del amor no tenía rival, ni perdía una sola batalla. Esgrimía sagazmente su seducción. El gran señor romano, experimentado en amores, se rendiría ante esta estatua de belleza helénica y sangre juvenil, impregnada con el misterio de las más recónditas voluptuosidades del Oriente.

Porque Cleopatra no era sólo la más bella entre las bellas; sino que, además, era la más culta princesa de Oriente. En Alejandría, cuya biblioteca fué universalmente famosa, se congregaba lo mejor de la cultura griega y las manifestaciones del misterioso mundo oriental. Cleopatra no desmerecía ante los sabios; hablaba y componía discursos en griego y en latín; entendía y ama-

ba las artes en todas sus manifestaciones y era docta en la ciencia de los perfumes y los venenos, cuyos secretos transmitían misteriosamente, de generación en generación, los grandes sacerdotes egipcios y las vestales de los templos.

Cleopatra tenía experiencia: había conocido a Marco Antonio. Todos los escritores están de acuerdo en lo que acabamos de afirmar: Historia y leyenda prodigan la capacidad de amor y dotes de seducción de Cleopatra. Afirma la Historia, a través de los siglos, que tenía caprichos momentáneos y ocasionales que duraban lo que dura la vida de una flor: un día o una noche. Estos amores de horas solían tener un fin trágico: los favoritos desaparecían al día siguiente, víctimas del puñal o del veneno. Sin embargo, aunque lo pagaran a precio de vida, nobles mancebos, jóvenes guerreros y bellos esclavos estatuarios, se disputaban esas breves horas de amor.

Y Cleopatra pensó aprovechar el desenfreno sexual de César. Vislumbra de nuevo el reino, y sus ojos incomparables brillan con todo el fuego de su

ardiente corazón. El Destino juega con su loca balanza: el poder en uno de sus platillos, la muerte en el otro. Cleopatra está en su elemento, vibrando con las fuerzas vertiginosas de una naturaleza excepcional. En el cielo azul luce una estrella solitaria. Va en pos de ella.

Y aquel mismo día sale para Alejandría a ver al César.

III

Los brazos de Cleopatra se disponen a retener a César prisionero: dulces cadenas, las que mejor retienen, las del amor.

¡Con qué maestría llevó a cabo esta decisión! Llegó a Alejandría en un bote, acompañada de uno solo de sus leales: Apolodoro de Sicilia. Podía caer, indefensa, en manos de sus enemigos.

Tampoco era seguro su triunfo sobre César. Pero ella, sí, estaba segura de sí misma. Contaba entonces 21 años de edad.

Cleopatra desembarcó al caer la tarde. Las sombras sustituían la luz del sol poniente, y cuanto más disminuía la claridad, más diáfano era el entendimiento de la joven reina. Apolodoro atracó en un muelle situado detrás del palacio real. Mientras tanto había cerrado la noche, permitiendo las tinieblas que Cleopatra pusiera en práctica el ardid que su ingenio había maquinado. El griego que la acompañaba debía meterla en un gran saco junto con unos almohadones, acondicionándolo como si fuera un colchón. ¿Quién había de adivinar el tesoro que encerraba aquella burda tela? Apolodoro corpulento y robusto, echándose al hombro la dulce carga llegó a palacio real y, presentándose ante la guardia romana que custodia la puerta trasera, pidió ser conducido a presencia de César. Como el general recibía a muchos confidentes y espías, los centinelas romanos no le pusieron reparos. El griego penetró por los patios y cámaras del

alcázar. Era valiente, pues sabía que merodeaban por allí los espías de Plotino, lo que era sumamente peligroso para él y para el cuerpo gentil de aquella reina joven que llevaba oculta.

Fué recibido por el César, quien, rodeado de centuriones, contempló cefudamente al sonriente griego que no acaba de explicar el contenido de su carga. Ante el César, Apolodoro depositó el saco dejándolo en posición vertical; aflojó las ligaduras, bajó la tela, y ante los asombrados ojos de los presentes surgió de su encierro la reina de Egipto, con el rostro encendido, los ojos brillantes y gozosos, los labios entreabiertos, risueños, buscando la delicia del aire fresco; grácil, esbelta, imagen gloriosa de femineidad.

Hemos dicho cuán hermosa era Cleopatra los años que contaba y el cúmulo de dotes que la adornaban. Con estas armas, Cleopatra se dirige a César con paso seguro y le saluda con gentileza comedida y sin ficción.

César la contempla, herido por el hechizo mágico de aquella criatura de ensueño, con un timbre de voz inolvidable y un cuerpo divino, donde pare...

morar todas las corrientes de la vida con impetuoso vigor.

El superhombre hallóse frente al genio hecho mujer, y, aunque no era ningún mozalbete ni soñador, pagó su óbolo al Destino.

Cleopatra también mira a César. Su aguda intuición femenina le hace adivinar que acaba de derrotar a Ptolomeo y a Plotino. Apolodoro y los centuriones se marchan discretamente y Cleopatra y César quedan solos. El genio de la guerra pide su amor a la reina de Egipto. Así, aquella noche quedó consumada la unión que había de cambiar los destinos del mundo.

IV

A la mañana siguiente, César llamó al joven Ptolomeo para que se reconciliara con su hermana. El joven, al

acudir ante el César, encontróse junto a él a Cleopatra, esposa y hermana suya y, a la vez, su mortal enemigo. Cleopatra no disimuló su triunfo y el hermano huyó del palacio real para reunirse con sus amigos gritando «¡Traición!», mientras arrojaba al suelo la corona real. Aunque el pueblo se amotinó, intentando asaltar el palacio real, César logró apaciguar los ánimos y se volvió a apoderar del niño rey.

Y hasta consiguió que los hermanos hicieran las paces. Para celebrar tan fausto acontecimiento, dispúsose un festín de tal fastuosidad como nunca lo había visto César, y cómo sólo podía ofrecerle el Oriente.

La sala donde debía celebrarse, adornada como un templo báquico, refulgía de oro, mármol, marfil, ónix y ágata, combinados para multiplicar las luces con sus reflejos. Esclavos negros, rubios y morenos, servían a los invitados. El techo era de planchas de oro puro; las paredes de mármol y marfil primorosamente esculpidos; las columnas, de ágata y el suelo de ónix.

Cleopatra y Ptolomeo aparecieron juntos aquel día. Riquísimo era el ata-

vfo de la reina: lucía en el cuello, brazos y cabellos joyas de inestimable valor. Música y danzas solemnizaban el acontecimiento. El bárbaro lujo deslumbraba al romano. Las fuentes y los platos eran de oro; las mesas, de marfil. La tierra, el mar y el Nilo contribuyeron con sus mejores productos a los selectos manjares que se habían de servir; se escanciaron los más exquisitos vinos hasta la embriaguez, y los invitados cifieron coronas de immaculados nardos y frescas ropas de fragante perfume.

Cansado el César de aquel espectáculo de gula y disipación, empieza a tratar asuntos importantes. Sabe que la paz que ha urdido entre los esposos Ptolomeo es frágil y harto endeble.

Entre los partidos del rey y de la reina, romanos y orientales, existía un odio demasiado profundo para que la reconciliación pudiera ser sincera. Plotino vió que Cleopatra sería la única reina de hecho, y dirigió las fuerzas de resistencia contra César. Quería alejarle a toda costa y dejar a Cleopatra sin la ayuda del poderoso romano. Los cuatro mil soldados de César, medio extraviados en una ciudad de un millón de habitantes, no eran obstáculo para sus propósitos.

Al llegar Aquilas a las puertas de Alejandría con 20.000 soldados de infantería y 2.000 jinetes, la población en masa se levanta contra los invasores, al lado de Ptolomeo. En el palacio están también, además del Rey, Arsinoe, hermano menor de Cleopatra, y Plotino. Y el rey Ptolomeo.

Las legiones romanas ocupan el barrio de los palacios reales y el ejército egipcio asoma por la puerta de Canope.

César establece su línea de defensa en el gran muelle de Oriente, la isla de Faros y la torre luminosa. Aquilas se apodera del resto de la ciudad y monta poderosas máquinas de asedio que des-

trozan los edificios convertidos en fortalezas por los romanos.

César y Cleopatra luchan a vida o muerte. El enemigo es seis veces superior en fuerza, dispone de la ayuda de la población y de los recursos del país entero. Sin embargo, Aquilas fracasa en todos los combates de tierra, decidiendo por esta razón atacar el muelle para cortar la salida por mar a los romanos. Pero César logra incendiar la flota egipcia. El incendio es tan enorme que las voraces llamas se propagan a tierra, devorando palacios de valor incalculable. César ve, con color, envuelta en llamas la Biblioteca y el Museo; historia y arte reducidos a cenizas. ¡La Biblioteca mayor y más importante del mundo! ¡El Museo lleno de maravillas!

¡Oh, paradoja! El dueño, casi, del mundo estaba comprometido en una guerra civil que tenía por escenario las calles y la rada de una sola ciudad.

A pesar de sus ventajas, durante cinco meses de guerra feroz, Aquilas no logró avanzar un solo paso. Los romanos se defendían como leones en las encrucijadas, en las casas y en las for-

tificaciones que supo improvisar el genio estratégico de su caudillo.

La princesa Arsinoe, hermana menor de Cleopatra, se fugó y fué a ponerse al frente de los sublevados; y César, por su propia decisión, envió con éstos al rey Ptolomeo. Esta vez marchó solo el monarca egipcio. Su confidente, Plotino, había sido degollado por orden de Cleopatra.

La resistencia de César dió tiempo a que el rey Miridates, de Pérgamo, acudiera en su auxilio con un gran ejército. Ptolomeo le salió al encuentro. Esta ocasión fué aprovechada sagazmente por César y se lanzó en busca del que venía en su auxilio. Cayó sobre el ejército de Ptolomeo en el Delta y lo desbarató, aniquilándolo por completo. Las aguas del Nilo, el río sagrado, se tiñeron de sangre guerrera y engulleron el cuerpo, acribillado de heridas, de Ptolomeo XIV. Y Cleopatra, ya reina única de Egipto, pudo entrar nuevamente, triunfante, en Alejandría.

Los amores de César habían dejado huella y Cleopatra llevaba en sus entrañas a un hijo que había de llamarse Cesarión. Cleopatra pensó segura-
men-

te que en este hijo vería realizarse sus sueños de grandeza y poder. Egipto y Roma, unidos por un hijo de Cleopatra y César, era tanto como el dominio total del mundo. La ambición y el amor divisaban cercana su meta.

VI

Entretanto, Roma reclamaba a César. Criticaban su ausencia, reprochándole que los brazos de Cleopatra le retuviesen prisionero. El Destino había llevado a César a Egipto, y quiso César conocer bien aquel pedazo de tierra. ¿No había influido también Cleopatra en el acrecentamiento de estos deseos? Porque si bien es cierto que César deseaba conocer los fantásticos paseos sobre el Nilo, sus edificios y curiosidades, no menos cierto es que con igual y mayores de-

seos, quizás, quería disfrutar los misteriosos efluvios de aquella antiquísima tierra a través de la radiante juventud de Cleopatra, cuyos brazos encadenaban y retenían al César en la capital de Egipto.

Cleopatra planeó una travesía por el Nilo en homenaje a su protector y amigo. Este viaje fué uno de los medios de que tan maravillosamente sabía servirse la hechicera para dejar huellas indelebles en la imaginación de los hombres con quienes vivía.

Cuidóse de saciar la sed de saber que devoraba a César y de satisfacer sus deseos dándole a conocer el arte, la religión y la estructura social del misterioso país. La travesía se hizo con tal extraordinaria magnificencia, que proclamaba muy alto la importancia política del acontecimiento.

Una formación de 400 barcos escoltaba, haciendo los honores, a la nave real que conducía a César y a Cleopatra.

Cleopatra, femenina y sutil, personificación de la gracia y la inteligencia, rasga con su voz hechicera los misterios egipcios que tanto apasionan al Cé-



sar Y él escucha, atento y devoto, entre golpear de remos y suaves melodías.

Hermópolis y Momomfis, con su culto a Venus Afrodita, y a la vaca sagrada. Cauce arriba, los famosos lagos de sosa, cerca de los cuales se levantan los templos a Sepirapis, en cuyo honor se inmolan los más tiernos carneros. Sais, donde la diosa Isis enterró a Osiris, sembrando ataúdes vacíos por doquiera para engañar a Tifón, el genio del mal, que quería arrancar el cadáver del sarcófago. La sede de Apis, el toro negro con manchas blancas, al que se tributaba honores divinos. Menfis, donde Platón vivió varios años para mejor comprender la sabiduría de Egipto. Helios, en cuya colina se levantara el magnífico templo al Sol, que adoraban. Mendes, donde Osiris toma cuerpo en un carnero, al cual se entregan las mujeres de la comarca. Las luchas de toros, espectáculo favorito de los egipcios; las pirámides, la Esfinge...

La excursión por el sagrado Nilo duró de seis a siete semanas, con infinito solaz para César y provecho para Cleopatra.

En la ciudad más hermosa de la tie-

rra, en la esplendorosa Alejandría, rica en los más bellos palacios del mundo, Julio César, a pesar de sus 50 años, vivió junto a su regia amante días felices como nunca, logrando el colmo de su dicha.

El 10 de junio partió de Alejandría y el 25 del mismo mes nació su hijo Cesarión.

Prueba de que consideraba a Cleopatra como artífice de su felicidad, estimándola como insustituible mujer, es que, apenas regresó a Roma y puso en relativo orden los asuntos políticos, requirió a Cleopatra para que fuera a reunírsele.

¡Con qué agrado y complacencia recibió ella el requerimiento! Marchando a Roma, subía un magnífico peldaño en la escala de sus ambiciones. Si casaba con César, Roma y Egipto serían suyas. Y, en último caso, con el apoyo del caudillo romano, podría fundar en Oriente un inmenso imperio que nada tuviera que envidiar a Roma. En ambos casos, el hijo de César que acababa de nacer era la piedra angular en que fundaba sus esperanzas.

En septiembre del año 46, a su re-

greso de Africa, César hizo su entrada triunfal en Roma. Entonces ordenó el viaje de Cleopatra y Cesarión a la capital del Imperio. Cleopatra convivió tres meses al lado de César y, después, otro medio año, hasta marzo del 44. Su vida común, pues, no fué muy larga, sobre todo si se tiene en cuenta lo abrumado de trabajo que estaba César.

Cleopatra se hacía acompañar de Ptolomeo XV, su infantil esposo de trece años de edad, como medida política; quedaban enemigos de Cleopatra en Egipto, y debía evitar la posibilidad de que el rey pudiera ser utilizado como instrumento por sus adversarios.

También parecía conveniente para el joven rey —habíase casado con él hacía poco— tomar parte en el viaje. Pero los hermanos de Cleopatra no gozaban de larga vida, una vez casados con ella; y su segundo esposo, Ptolomeo XV, fué asesinado antes de cumplir los quince años. Tampoco murieron de muerte natural ninguno de los grandes amantes de la reina egipcia —César y Marco Antonio—, como si en torno a la mujer que parecía ser la encarnación

de la vida, se extendiese una sombra de muerte violenta.

César aposentó a Cleopatra en la quinta que poseía fuera de la ciudad, al otro lado del Tíber.

Quiso Julio César que se tributaran grandes honores a Cleopatra que, oficialmente, venía a Roma como soberana de un país amigo y aliado. La fastuosa entrada de la Reina de Egipto despertó en el pueblo romano gran expectación.

Pero los romanos tenían costumbre de despreciar a los bárbaros, y los egipcios contaban entre éstos. Además, se indignaban al ver que César vivía con su amante y el hijo de ésta, que ni siquiera había reconocido públicamente, y, para colmo, en presencia del esposo de la reina, testigo obligado de la ilegítima unión. Las simpatías del pueblo estaban más bien de parte de su hermana Arsinoe, y sobre todo de Calpurnia. Era ésta la esposa de César, con quien se había casado el año 49; durante mucho tiempo había visto apenas a su esposo, y ahora debía ceder su puesto a la princesa extranjera.

Muchos opinaban que César sólo per-

seguida fines políticos al estrechar a Cleopatra en sus brazos. Otros, que César sólo amó a Cleopatra por ser la descendiente de Alejandro Magno. Hasta qué punto llegaría la pasión de César por esta mujer, lo dice bien elocuentemente el hecho de que el Romano mandara poner un busto de Cleopatra en el templo que él ordenó levantar a su antepasada Venus Genitrix, para que se le otorgaran honores divinos.

No es de extrañar, puesto que la amaba locamente y entre los griegos y romanos había mortales a los que se elevaba al rango de semidioses, como Hércules, Teseo y Orfeo. Además, Cleopatra ya estaba considerada como divinidad en su patria, y se la veneraba como Isis, Afrodita y Hator.

Cleopatra procuró llevar una vida recatada y honesta en Roma, donde poco o nada se sabía de ella. Hablaba tan quedo que su voz no se oía más allá de la tapia de su jardín. Permanecía callada y quieta, con sabia astucia. Una sola cosa le importaba: conservar su influencia sobre César, y una conducta

menos prudente hubiera podido arruinar su causa.

Durante la mitad del tiempo de su estancia en Roma, Cleopatra estuvo sola.

De pronto, un día, ocurrió la catástrofe. César cae traidoramente asesinado.

Si el asesinato de César no hubiera dado otro cauce a la Historia, en marzo del 44 habría vuelto a quedarse sola. a menos que César se la hubiera llevado consigo a Oriente o ella hubiera regresado a Alejandría para esperar el término de la campaña que César había planeado.

Muerto César, llegando la noticia de que Octavio, hijo adoptivo y nombrado heredero de César, se aproximaba a marchas forzadas, Cleopatra huyó de Roma con Cesarión.

Durante el viaje hizo matar a su esposo y hermano Ptolomeo XV, que a la sazón contaba 15 años de edad. Ya no le hacía falta; al contrario, podría ser un peligroso estorbo, ya que, en Egipto, cabía la posibilidad de que el partido enemigo, al oponerse a toda alianza con Roma, lo explotara contra

ella. En cambio, el hijo de César, Cesarión, era para ella la mejor prenda de un brillante porvenir.

Como castillo de naipes, se desmoronaban los sueños de dominación universal que Cleopatra se había forjado junto a César. Acababa de desaparecer el hombre que, además de conservar para ella el imperio de Egipto, le daba parte activa en sus gigantescos planes imperiales.

Y a mediados de abril salió Cleopatra de Roma, con tan silencioso misterio como ruidosa pompa había acompañado su triunfal llegada.

Camino de su patria, las aguas azules del Mediterráneo susurraban y besaban su nave, mientras en Roma se cernía el fantasma de la guerra.

El primer acto del grandioso drama que fué la vida de Cleopatra había terminado.

SEGUNDA PARTE

CLEOPATRA Y MARCO ANTONIO

I

Tres años habían transcurrido desde aquel infausto 15 de marzo en que César fué asesinado.

Cleopatra, después de su fuga de Italia, ante el amenazador cariz que presentaba la situación del Imperio Romano, decidió aguardar. Su habilidad le aconsejaba esperar el resultado de los acontecimientos para no errar; así se

alistaría en el partido triunfante. Las cuatro legiones que César había dejado para proteger Egipto seguían allí; pero Cleopatra no podía disponer de esas fuerzas. No obstante, a pesar de los peligros que la rodeaban, afianzó su soberanía. Reinaba en Egipto libre de rivales y criaba a su hijo Cesarión, el cachorro del genio romano.

Y, de nuevo, el Destino volvió a poner en manos de esta mujer excepcional la suerte de Roma y del mundo.

Pero no le faltaron obstáculos a Cleopatra: amenazábanle enemigos, dentro y fuera del país; legiones romanas procedentes de Siria y partidarios de su hermano o de su desterrada hermana Arsinoe. Incluso apareció en Siria un hombre que decía ser Ptolomeo XIV, desmintiendo el rumor de que éste hubiese muerto ahogado en el Nilo. Y Cleopatra vióse obligada a desplegar de nuevo sus grandiosos planes de defensa. Tenía agentes secretos en Roma, para enterarse rápidamente de cualquier cambio político que se produjera.

El desenlace no se hizo esperar, y estalló la guerra civil entre Octavio, he-

redero de César, y el cónsul Marco Antonio. Mientras, Cleopatra dirigía sola los destinos de su reino, entre dificultades casi insuperables, teniendo que tomar las más graves decisiones.

Nos interesa conocer el carácter de Marco Antonio para comprender el papel que desempeñó en la vida de Cleopatra. Antonio era de gallarda figura y de una vitalidad tan extraordinaria que jamás saciaba su sed de placeres ni caía rendido de fatiga en los trabajos de la guerra. Era muy rudo y, a falta de talento militar, se escudaba en el valor. Para Marco Antonio, la justificación de su vida estaba en las batallas, en los campamentos, en las diversiones. Era un hermoso bárbaro al que sólo atraían la fuerza, el placer físico y la lucha. Disfrutaba al verse rodeado de la soldadesca, de cómicos y rameras. Desde la adolescencia se entregó con desenfreno a los mayores excesos. Fue hombre depravado, pero excelente guerrero; después de César, el mejor soldado de todos los ejércitos de Roma.

Nos interesa enjuiciar los actos de Marco Antonio, que organizó su vida

con alardes de derrochadora fastuosidad. Para alimentar sus despilfarros, privó de todos sus bienes a las mejores familias, distribuyéndolos entre sus compañeros de crápula. En Magbesia, mandó arrojar a la calle a un honrado vecino para regalarle la casa a su cocinero en recompensa de sus habilidades culinarias. A un tocador de cítara cuyo arte le gustaba, le autorizó para cobrar el tributo de cuatro ciudades, y a un mal poeta le dió permiso para erigirse en tirano en la ciudad de Tarso.

Cuando Marco Antonio cruzaba la provincia de Cilicia para conquistar Siria, envió legados a Alejandría con la misión de notificar a Cleopatra la orden de que acudiera a Tarso, ciudad situada en la embocadura del río Kydno.

En Tarso se cruzaron dos destinos, uniéndose estrechamente para decidir o, al menos, ejercer notable influencia sobre la Historia del mundo antiguo. Esta fué la hora más grande, la de mayor importancia en la vida de Cleopatra; el momento decisivo de saber si aun podía esperar algo del futuro, o si todo su talento y el tesón con que

había luchado para defender su trono, eran impotentes para evitar la avalancha de los nuevos acontecimientos.

Entre la multitud de príncipes orientales, Cleopatra sobresalía por la extensión de sus dominios, tan valiosos por su antigüedad como por sus pingües riquezas. Sus antepasados regían el país desde los tiempos de Alejandro Magno, sin que jamás su reino hubiese sido tributario, de un modo efectivo, de Roma. La descendiente del primer Ptolomeo de memoria perdurable, era única en el mundo griego, entre vasallos que se humillaban ante las águilas romanas.

El juego de Cleopatra era atrevido, pues ningún país como el opulento Egipto podía despertar tanta codicia. Cleopatra no trató de oponer resistencia. Una palabra de Marco Antonio podría arrojarla de su trono.

II

Cleopatra retrasaba el viaje a Tarso con el propósito de hacerse valer, excitando más y más la impaciencia del romano. Cuando decidió que el momento había llegado, cargó ricos presentes para el caudillo latino y, escoltada por sus naves, navegó hacia Cilicia. Quería deslumbrarle desde el primer momento, llegando hasta él con todo su esplendor.

Estaba Antonio administrando justicia en la plaza del Mercado de Tarso, cuando empezaron a circular rumores por la ciudad, atrayendo a sus habitantes al muelle de Kydno. ¡Qué magnífico espectáculo se disfrutaba desde allí!

Una fantástica nave avanzaba por el mar; su velamen era de púrpura, y

los bordes iban recubiertos de planchas de oro. Cuando los remos, que parecían de plata, empujados por remeros al compás de una música deliciosa, rompían el agua, causaban un maravilloso efecto. Esclavas escogidas entre las más hermosas y ataviadas con flotantes vestiduras de Nereidas y Gracias, formaban grupos pintorescos. Y la dueña y señora de la extraordinaria embarcación, Cleopatra, descansaba sobre cubierta, bajo un dosel recamado de oro. Hubiérase dicho que era la propia Venus Afrodita surgiendo de la espuma del mar. En torno a ella, hermosas niñas desnudas como amorcillos, agitaban grandes abanicos de plumas, en tanto que los pebeteros perfumaban el aire con una aroma embriagadora que llegaba hasta la orilla.

En el muelle se agolpaba un gentío cada vez mayor. A medida que avanzaba la nave, hombres que seguramente estaban a sueldo de Cleopatra, hicieron correr entre la multitud el siguiente rumor: «Es la propia Venus —decían— que sale del mar y viene solemnemente a reunirse con Dionisio, para bien de Asia».

Sólo esta fastuosa llegada hubiera bastado para deslumbrar definitivamente a Marco Antonio. ¿Y qué mejor adulación que igualarle a Dionisio? Al presentarse Cleopatra como diosa, Marco Antonio adquiriría el mismo rango. Los que voceaban que Venus acudía a reunirse con Dionisio «para bien de Asia», sugerían que era indispensable una alianza para que el continente fuera grande y feliz. Bien sabía Cleopatra que, al presentarse cual Venus Afrodita, rodeada de magnificencia, conquistaría el corazón de Marco Antonio.

Este envió un emisario a Cleopatra, invitándola a su mesa. La mujer había ganado al hombre, y Cleopatra contestó al romano «que antes esperaba el honor de recibir su visita».

La imaginación es impotente para describir la fantástica suntuosidad, el derroche y la refinada sensualidad de que hizo gala Cleopatra al recibir a Marco Antonio, y el festín que le ofreció. Al oscurecer, infinidad de antorchas iluminaron las naves, cuyas variadas formas y combinaciones deslumbraron a los huéspedes romanos.

Pero lo más notable de la fiesta fue

la misma Reina, de la que dice Plutarco: «Al presentarse ante Marco Antonio, tenía esa edad en que el entendimiento de la mujer ha llegado a la plenitud, juntamente con la juvenil belleza, que alcanza, entonces, su apogeo». Cleopatra contaba, a la sazón, veintisiete años.

Al día siguiente, Cleopatra fué recibida solemnemente por Antonio. Y, aunque éste se prodigó, la ceremonia no alcanzó ni remotamente la suntuosidad con que él había sido obsequiado. Marco Antonio, que evidentemente se daba cuenta, fué el primero en burlarse de la insuficiencia y la falta de medios de su temporal morada.

Fué rápido y sencillo hechizar a Marco Antonio, que, a pesar de sus éxitos amorosos, poseía un temperamento primitivo, en el que la sensualidad actuaba como factor dominante.

Aunque Cleopatra se había entregado a César la noche de su encuentro, es de presumir que se abstuvo de conceder sus favores a Marco Antonio con tanta rapidez. Seguramente pensó excitar los deseos de su galán, prefiriendo ser ella la conquistada.

Ante César, Cleopatra sólo podía aspirar a ser su igual. Eran dos genios que se equilibraban, aunque el placer los confundía; pero en los demás órdenes de la vida, César, con su talento y experiencia, era superior a su amada. En el caso de Marco Antonio, la superioridad de Cleopatra era indudable: aventajábale en sabiduría y educación. Él, que sólo sabía rodearse de soldados, músicos y bailarinas, sentíase lisonjeado al pensar que la célebre Cleopatra, la mujer más hermosa de su época, la Reina y Diosa de Egipto, le concedía sus favores. Y amóla como ningún romano haya podido amar a una mujer.

Merced a tal amor, Cleopatra manejó a placer al temible guerrero. Desde el primer momento, en manos de la bella reina, inteligente y cruel, fué Marco Antonio dócil instrumento. Cogido en las redes de su amor, lo manejó a su antojo en la política, consiguiendo de él cuanto quiso. Chipre, de la que Catón se había posesionado en nombre de Roma, fué deseada por Cleopatra; y Chipre fué, de nuevo,

agregada a Egipto por mandato de Marco Antonio.

Aun vivía su hermana Arsinoe, desterrada en el templo de Artemisa, en Efeso. Cleopatra había conseguido humillarla después de la guerra alejandrina; mas no logró eliminarla, porque César no consintió en su asesinato. Pero Marco Antonio, menos fuerte y menos bondadoso, también, que César, ordenó la ejecución de Arsinoe, única posible rival de Cleopatra en poder y belleza. De los cinco hijos de Ptolomeo XIII, sólo quedaba Cleopatra. El odio de ésta hacia su hermana Arsinoe era tan inmenso, que sentenció a muerte al Gran Sacerdote del templo de Artemisa por el único delito de haber dado a la difunta Arsinoe el título de Reina, y sólo gracias a las súplicas de personas muy influyentes, le conservó la vida.

III

Al marcharse Cleopatra de Tarso, estaba segura de haber obtenido una completa victoria. Había alcanzado cuanto se había propuesto, y quizá mucho más. Veíase reconocida como soberana de Egipto y Chipre; todos los temores se habían desvanecido, y el hombre que representaba el poder romano, de quien dependían los destinos de Oriente, era su amante. Las legiones romanas, lejos de ser un peligro, constituían ahora la seguridad de su Imperio.

Es de presumir que, al despedirse en Tarso, Marco Antonio prometiera a su amada pasar el invierno con ella en Alejandría. Por el momento, apremiantes deberes políticos le obligaban a trasladarse a Siria y Palestina; mas, en

cuanto los hubiese resuelto, probablemente en otoño del mismo año 44, tomaría el camino de la capital de Egipto.

Cegado por la concupiscencia y anhelando la compañía de Cleopatra, despachó con excesiva precipitación los asuntos de Siria para acudir cuanto antes a Alejandría. La chispa de genio que brilla en el cerebro de los grandes hombres no iluminaba la mente de Marco Antonio; y así abandonó Siria y Asia Menor a su propio destino.

La reina de Egipto era sobrada razón para hundir a un hombre. Al correr Marco Antonio hacia Alejandría, ¿le empujaba el deseo de disfrutar al lado de la hechicera, como amante, una vida sin preocupaciones? ¿Acaso le llevó a Egipto el recuerdo de las horas pasadas en Tarso? Lo cierto es que corrió tras ella.

Fué inútil que sus consejeros le advirtieran cuán aventurado y peligroso era abandonar los asuntos de la guerra y de la política. La pasión puso una venda ante sus ojos, y pudo más que su cabeza y voluntad. Mostróse negligente, y no advirtió que su negligencia acabaría por desprestigiarle a los ojos



de Roma, y que sus enemigos se aprovecharían de ello para acusarle de deserción de sus deberes y de traición a los intereses de Roma.

La conducta de Marco Antonio era absurda y temeraria. Su permanencia en Alejandría durante el invierno (41-40) causó irreparables daños a su política; pero los intereses de Cleopatra exigían que el caudillo no se alejara, y le retenía ansiosamente. No sólo lo embriagaba con los refinamientos de su amor, sino que halagaba sabiamente sus instintos y pasiones.

Para imaginar la vida que llevaba Marco Antonio, hay que tener en cuenta lo rica y maravillosa que era la ciudad de Alejandría y la espléndida riqueza de que gozaba. Cleopatra residía en los palacios del Bruquion y pasaba por la más opulenta princesa de su época. Marco Antonio conoció sólo la parte brillante de la corte egipcia, en la que todo le sonreía; tanto la Reina, como los grandes dignatarios.

Aquel lujo era desconocido para quien había nacido en humilde cuna y en la vida sólo había tenido deudas, viéndose privado, a veces, hasta de domici-

llo seguro. Por eso, al verse huésped de honor y preferido de la Reina, que, en su largueza, le regaló todo un barrio riquísimo, poblado de suntuosos palacios; rodeado allí de aduladores y esclavos, no es de extrañar se dejara deslumbrar por el encanto de tanta magnificencia.

Llegaban emisarios de Roma, pero él los desdeñaba. Y pasó todo el invierno en Alejandría, donde los días eran una serie ininterrumpida de fiestas suntuosas. Cleopatra había reunido a los más expertos organizadores para que no cesaran de idear diversiones y festines, en los que se consumían sumas fabulosas.

El refinamiento de las comidas era consecuencia lógica de aquel vivir de mollicie. En las comidas reales se preparaban incesantemente nuevos platos. Cleopatra, organizaba la vida según los gustos de Marco Antonio, subyugándole aún más. El juego de dados y el vino eran las pasiones del guerrero, y Cleopatra jugó y bebió con él, acompañándole en las cacerías y hasta en correrías nocturnas que siempre habían gustado a Marco Antonio. Bajo el disfrat

de legionario o esclava, íbase con él a recorrer las calles, visitando tabernas y gastando bromas pesadas, de las que, más de una vez, Marco Antonio salía malparado. Pero dábalo por bien empleado por el placer que le proporcionaban estas aventuras.

IV

La guerra civil asolaba de nuevo el Imperio Romano. El hermano y la esposa de Antonio habían reanudado la lucha para arrebatarse el poder a Octavio. Fulvia, la esposa de Antonio, era de carácter áspero, enérgica como un hombre y sumamente cruel; presentábase ante los legionarios como una amazona, provista de todas sus armas. Veía en Cleopatra una rival triunfante en el corazón de Antonio, y la odiaba. Lu-

chando contra Octavio, creía que obligaría a Antonio a regresar a Roma; así lograría arrancar a su esposo de los brazos de Cleopatra.

Supo Antonio que su hermano Lucio había sido derrotado en Perusa y que Fulvia había huído a Grecia con un ejército de tres mil jinetes. Marco Antonio y Fulvia encontráronse en Atenas, y el esposo abrumó a Fulvia con los más amargos reproches por haber desencadenado tan intempestiva guerra. Marco Antonio, sin despedirse de Fulvia, partió para Roma, donde recibió la noticia de la muerte de su mujer, enferma por los disgustos y reveses. La muerte de Fulvia produjo una tregua. Se llegó a un convenio entre Octavio y Marco Antonio, y de común acuerdo dividieron el Imperio en dos mitades: las provincias de Europa para Octavio, y el Oriente para Marco Antonio, exceptuando Egipto, cuya independencia se preocupó muy bien Marco Antonio de garantizar a Cleopatra. A Lépido, el tercero en discordia, le otorgaron el Africa.

Como prenda de esta paz, Marco An-

tonio tomó por esposa a Octavia, hermana de Octavio. Era difícil y ardua la empresa que se confió a Octavia: debía lograr el amor de Antonio, un amor capaz de hacerle olvidar los placeres de la egipcia, y hacerle recuperar sus dotes para engrandecer aun más los dominios de Roma.

Cleopatra presenciaba con estupor aquellos acontecimientos. Los amorosos esfuerzos de todo un invierno y las hábiles intrigas, habían sido inútiles. El derroche y la relajación, nada habían conseguido. Ahora, siendo Antonio nuevamente aliado y cuñado de Octavio, ¿quién protegería a Egipto contra las pretensiones romanas? Otra vez quedaba el territorio indefenso, expuesto a ser víctima de un agresión... ¿A quién acudir?

Forzosamente surgiría, desde aquel instante, el prolongado duelo entre Octavia y Cleopatra por Antonio. Pero, ¡con qué armas tan distintas luchaban! Cleopatra, a su estilo, puso en la palestra sus refinamientos femeninos e impulsiva fuerza. Octavia, en cambio, luchaba con las armas de la esposa legítima: era su mujer y alega un amor

puro... la paz y el ideal romano. Octavia no conocía la ambición personal que atormentaba, en cambio, el corazón de Cleopatra. Y Octavia se dió por entero a su esposo, como le correspondía, consagrándole con abnegación todas sus fuerzas. Para ella, lo ideal era vivir en paz entre su esposo y su hermano, labrando juntos la felicidad del pueblo. Y cuando Octavia, años más tarde, amenazó con romper con Marco Antonio, ella suplicó diciendo que «después de haber sido la mujer más feliz del mundo, no la hiciera la más desgraciada».

Tres años, día tras día, estuvo Cleopatra en la duda. ¿La estancia de Marco Antonio en Alejandría había sido un simple episodio, una aventura sin consecuencias; o, por el contrario, enamorado seriamente, sólo necesitaba Marco Antonio un soplo para avivar el fuego bajo las ardientes cenizas?

Tres años consecutivos estuvo dudando Cleopatra; mas, a pesar de esta larga separación y de la falta de noticias, no se desalentó. Ni la separación, ni el pacto con Octavio, ni la boda de Antonio con la hermana de aquél,

menguaron la fortaleza de su corazón ni restaron facultades a su cerebro. Tenía confianza en sí misma, y su orgullo no le permitía suponer que ella pudiera ser olvidada como una aventura pasajera.

Pagados a precio de oro, situó agentes en Roma y cerca de Antonio. Uno de éstos, un astrólogo egipcio que aseguraba leer en los astros el sino de las criaturas, explotó la superstición de Antonio. Luego de alabar su genio, insinuóle que Octavio le perjudicaba: «Tu genio —díjole en tono adulador y solemne— teme al suyo. Cuando está solo, es activo, fuerte y grande; pero en cuanto se roza con el de Octavio, pierde su independencia». Palabras bien calculadas que alegraron y sobrecogieron a Antonio; aunque pronunciadas en Roma, habían sido pensadas en Egipto. Los agentes tenían la misión de enfriar las relaciones entre los cuñados y obligar a Antonio a salir de Roma. Logrado esto, Cleopatra no dudaba de que podría adueñarse nuevamente del vacilante ánimo que ya antes había dominado.

Tan vigilado tenía la sagaz y genial

Cleopatra a Marco Antonio, que estaba al corriente de todos sus pasos y movimientos y lo mantenía bajo su influjo a través de los ojos, los oídos y las palabras de sus espías.

Pero la dulce Octavia logró, durante un tiempo, evitar la ruptura entre Octavio y Marco Antonio. Ruptura que llevaría nuevamente a éste a Oriente, es decir, a los brazos de Cleopatra.

Y firmóse un nuevo pacto político, refrendado con nuevos vínculos de familia: la hija que tenía Octavio de su primera esposa (la novia sólo contaba dos años de edad) casaría con Antilo, el hijo mayor de Antonio y Fulvia.

En el fondo, apasionadamente, Marco Antonio pertenecía a Cleopatra. Así, una vez concluido el tratado, Antonio salió de Roma, y aunque llevó consigo a Octavia y a sus dos hijas hasta Corfú, muy pronto las hizo regresar a Italia, pretextando que iba a empezar la guerra contra los partos y no debían arrostrar las penalidades y riesgos de la campaña.

Pero apenas emprendió Octavia el viaje de vuelta, Antonio tomó el ca-

mino de Siria y avisó a Cleopatra, que la esperaba allí.

Y de nuevo encontráronse los amantes en Antioquía, capital de Siria, entregándose, sin duda, a un frenesí que nada tendría que envidiar al gozado en Alejandría. Desde ahora, la suerte de Cleopatra y la de Marco Antonio estaban ligadas para siempre. La hechicera tenía en sus redes a la víctima. Sólo la muerte desharía aquel vínculo.



Escarmentada por su anterior experiencia, Cleopatra dióse prisa en asegurarse contra un nuevo abandono. Ambicionaba más que nunca la extensión de sus dominios por Oriente y Occidente. Cleopatra vió realizarse parte de sus grandes planes. Quería con-

seguir la anexión a Egipto de varios territorios del Asia Menor y del Sur de Palestina, parte de Africa, la provincia de Cilicia y toda la Cirene. Este era el pensamiento ambicioso de Cleopatra: la constitución de un gran Imperio en Oriente, del que Egipto fuera la cabeza.

Lejos de darse por satisfecha con tan cuantiosos donativos, ambicionó toda la Judea. Mas no consiguió el triunfo sobre Herodes, y hubo de contentarse con parte del sur de Palestina, que sustrajo al rey árabe Malco, y una parte de Siria. La incorporación de estos territorios dió al reino de Cleopatra la base para ser la potencia dominante en la cuenca oriental del Mediterráneo. Otra vez, por el arte voluptuoso de esta extraordinaria mujer, Alejandría triunfaba sobre Roma. Las donaciones territoriales de Antonio fueron causa de una tremenda agitación en la «civis». Esta opinaba que los absurdos donativos eran sólo debidos a su loca pasión, a su estado de deslumbramiento y a la falta de equilibrio en su cerebro.

Octavio adivinaba con suma clarividencia el plan de Cleopatra: un poder

roso reino egipcio anularía toda la influencia de Roma en Oriente, y hasta podría legar a ser una terrible amenaza para el Imperio. Las conquistas de Oriente se habían logrado con soldados romanos, con generales romanos, en nombre de Roma. Sólo un renegado y traidor podía donar o ceder aquellos territorios conquistados con sangre romana.

Antonio, en su loca pasión, no calculaba el daño que causaba a su patria. Más ciego cada vez, cuando la Reina de Egipto estuvo nuevamente encinta, casóse solemnemente con ella. Antonio, como romano, no podía contraer nuevas nupcias; vivía aún Octavia y los romanos no podían poseer más que una mujer legítima. Así, convirtiéndose en un soberano oriental.

Las relaciones de Antonio y Cleopatra tenían ya, desde hacía tiempo, carácter conyugal. Tres hijos dió Cleopatra a Antonio. En el año 40, dió a luz dos gemelos. Antonio los reconoció como suyos dándoles los significativos nombres de «Alejandro-Helios» y «Cleopatra-Selene». La renovada unión de

los amantes trajo al mundo, en el año 36, a «Ptolomeo-Filadelfio».

Pasado el invierno entre lúbricos placeres y diversiones, Cleopatra, sacudiendo la indolencia de Antonio, le hace emprender varias campañas, que según voluntad de la inspiradora habían de variar las fronteras de Asia.

Antonio organizó, con ayuda de Cleopatra, un ejército de 100.000 hombres —entre ellos había 60.000 legionarios romanos—, y Cleopatra en persona le acompañó hasta las orillas del Eufrates. Toda el Asia tembló de espanto pensando en el avasallador empuje de tan invencible fuerza, y cundió el pánico hasta los más remotos confines de la India.

Despidiéronse los amantes en la ciudad de Zeugma, y mientras Antonio, al frente de su ejército, se encaminaba al Norte, hacia Armenia, Cleopatra fué a Judea para entrevistarse con el rey Herodes, presentándose como si ella fuera la única y absoluta soberana. Pero Herodes, bien porque sospechara de Cleopatra, bien por el amor que profesaba a su esposa, no se dejó educir.

El Destino no favoreció a Marco An-

tonio; los armenios le traicionaron y fué derrotado por los partos, siendo casi totalmente aniquilado su ejército. La fortuna militar de Antonio se eclipsaba. Llegó huyendo, solitario y abatido, al pequeño puerto de Leuco-Como, al norte de Sidón; allí estuvo hasta que Cleopatra acudió a reunirse con él.

VI

Cleopatra logró que Antonio recobrar el ánimo, y el romano emprendió una segunda campaña que vió coronada por el éxito. La grande, pero débil, Armenia perdió su independendencia. En esta campaña, Marco Antonio se llenó de ignominia, más que de gloria; fué una orgía de traiciones y violencias, más propia de bandidos que de guerreros. Marco Antonio hizo ofrenda de sus

trofeos y victorias a los pies del trono de Cleopatra. En el cortejo triunfal caminaban, entre cadenas, los muchos prisioneros cogidos en Armenia; e inmediatos al carro de Marco Antonio, con cadenas de oro, la esposa y el rey de Armenia, juntamente con los príncipes de aquel pueblo.

Para recibir tal muestra de vasallaje, Cleopatra ocupaba un trono de oro levantado en la ancha calle que conducía a la Plaza Mayor de la capital. El estrado era de plata, y Cleopatra vestía las galas de la Diosa Isis.

Celebráronse fiestas. Levantóse un nuevo estrado: sobre él había dos tronos de oro colocados al mismo nivel; en ellos tomaron asiento Cleopatra y Marco Antonio. En una grada inferior había otro destinado a Cesarión, que entonces contaba quince años; y en la siguiente grada se alzaban los destinados a los gemelos Alejandro-Helios y Cleopatra-Selene, de seis años, y el pequeño Ptolomeo-Filadelfio, que contaba sólo dos.

Marco Antonio tomó la palabra para dar a conocer su decisión. Declaró que, por su propia voluntad, proclamaba a

Cleopatra reina de Egipto, Chipre y Siria, con derecho a usar el título de «reina de reyes». Volviéndose a Cesarión, le reconoció solamente como hijo de César y Cleopatra elevándole al rango de co-reinante, con derecho a ostentar el título de «rey de reyes». Alejandro-Helios fué nombrado rey de la gran Armenia y soberano de todos los territorios situados entre el Eufraates y la India. El pequeño Filadelfio fué elegido rey de Siria y de todas las comarcas comprendidas entre el Eufraates y el Helesponto, es decir, el Asia Menor entera. Y a la niña de seis años-Cleopatra-Selene, le fueron otorgadas las tierras del este de Egipto, Libia y Cirene.

¿Podía aspirar Cleopatra a un mayor Imperio para ella y para sus hijos? Al proclamar ante el mundo entero a Cesarión como hijo y heredero legítimo del divino César, se anulaban también ante el mundo entero los derechos de Octavio, que sólo era hijo adoptivo del héroe muerto y que únicamente como tal había hecho su carrera. El desgraciado rapaz pagó con la vida los ambiciosos planes de su madre. Octavio,

amenazado de perder su alta posición en Roma, no descansó hasta aniquilar a Marco Antonio. El reconocimiento de Cesarión como legítimo heredero de César fué la gota que hizo rebosar el cáliz de aquella sorda rivalidad entre dos hombres por el predominio del mundo.

Uno de los dos sobraba ya en él.

VII

Y el Destino designó como víctima a Marco Antonio. La batalla naval de Accio decidió la suerte de Occidente y del mundo. Contaba Marco Antonio con una flota de doscientos navíos. Pero Octavio, más poderoso, contaba con seiscientos. Con tales fuerzas entablóse el combate.

Las sesenta embarcaciones de Cleo-

patra, que seguían en segunda línea a las naves de Marco Antonio, no entraron en lucha. Pronto cubrióse el mar de cadáveres y de naves destrozadas. La batalla estaba aún indecisa; pero, como Cleopatra ordenara súbitamente desplegar velas a sus sesenta navíos y huir rumbo al Sur, Antonio abandonó también su nave almirante para correr, con un rápido velero, tras la reina que huía.

No tardó Marco Antonio en alcanzar a la flota egipcia, y saltó a la nave de Cleopatra, prosiguiendo los dos amantes la fuga, mientras las flotas enemigas seguían combatiendo con insensata furia.

Ardieron las naves de Marco Antonio, alumbrando el escenario de su horrible derrota para mayor gloria y prestigio de Octavio.

Después de celebrar con fastuosas fiestas su triunfo inconmensurable, Octavio partió. Los restos del ejército que había en Alejandría traicionaron a Marco Antonio a la llegada del vencedor.

Antonio quiso negociar con Octavio, y fracasó. Cercado en su palacio, pre-

firió morir antes que entregarse incondicionalmente. Pero faltóle el valor para suicidarse y alargó su espada al esclavo Eros, dándole la orden de que le traspasara el pecho. El esclavo alzó el arma, pero la hundió en su propio corazón, cayendo muerto a los pies de su dueño. El heroísmo del esclavo enardeció a Marco Antonio, quien, sacando el acero del cuerpo del esclavo, atravesóse el vientre. La herida no le produjo la muerte instantánea. Revolcándose entre horribles dolores, pidió ser conducido a presencia de su amada. Porque Cleopatra no estaba al lado del hombre que había conducido a la ruina.

Apenas supo Cleopatra que Octavio, el vencedor, se aproximaba a Alejandría, fué a encerrarse en compañía de unas cuantas esclavas en la gigantesca tumba que, a semejanza de otros soberanos, se había hecho construir. Esta tumba era una verdadera fortaleza, a la que Cleopatra hizo llevar los fabulosos tesoros de los Ptolomeos: plata, oro, marfil, objetos de arte y pedrería de valor incalculable. También mandó acumular en la cripta gran cantidad de combustible para, en caso ex-

tremo, destruirlo todo antes de morir.

El acceso a la tumba quedaba cerrado por dentro, convirtiendo la puerta en un muro de espesor infranqueable. Marco Antonio, herido y agonizante, fué descendido, atado con cuerdas y tirado por manos de eunucos y esclavos al fuerte donde Cleopatra se disponía a resistir.

Así pudo Marco Antonio expirar en los brazos que fueron dogales de amor durante tantos años, y que le habían conducido a la ruina y a la muerte.

VIII

Cleopatra, en su tumba, aun pretendía obtener condiciones de Octavio. Amenazaba con destruir los tesoros y morir con ellos, envuelta en llamas. Para entregarlos, exigía se le conce-

diera, con la vida, la libertad y un lugar de Africa para refugiarse.

Octavio, que necesitaba la vida de Cleopatra y sus tesoros, fingió acceder. Para ultimar las condiciones, consiguió que Cleopatra permitiera la llegada de un emisario suyo —Cornelio Galo, que había sido nombrado primer gobernador de Egipto— a la tumba-fortaleza. Y mientras Cornelio Galo hablaba con Cleopatra a través del ventanillo de la maciza puerta, Proculeyo y otros soldados asaltaron la tumba por el lado opuesto, penetrando en su interior.

Cleopatra advirtió demasiado tarde la presencia de los romanos. Quiso clavarse el puñal que llevaba oculto, pero lo impidió Proculeyo, salvando así una vida tan preciosa para su jefe. Octavio, para tranquilizarla, le autorizó a permanecer en la tumba.

Octavio ordenó la muerte de Cesarión. El desventurado rapaz iba camino de Etiopía y fué asesinado por unos esbirros. El llevar sangre de Julio César en las venas, era una sentencia de muerte.

Cleopatra no se hacía ilusiones, aun-



que vivía de nuevo en su palacio, rodeada de su séquito habitual. La idea de ser exhibida en Roma, encadenada como una esclava detrás del carro triunfal de Octavio, era inconcebible para su orgullo. Ella, que jamás había perdonado a un enemigo peligroso, sabía que no podía esperar clemencia de Octavio. Varias veces la oyeron exclamar: «¡No lograrán encadenarme a un cortejo triunfal!».

Al parecer, tenía el propósito de suicidarse, antes que verse humillada. Por eso, Octavio ordenó que fuese vigilada. Quería pasearla, vencida, por las calles de Roma. Tuvo aún Cleopatra una entrevista con el romano. En aquella entrevista derramó sus últimos resplandores un sol que se hundía en el ocaso... Cleopatra saludó a Octavio como vencedor, confesando su pequeñez e impotencia ante el romano. Expresó con los más ardientes matices el desconsuelo, la esperanza, el ruego, la amenaza. De nada le valieron, esta vez, su ingenio y sensualidad irresistibles. Las artes de seducción de la hechicera fueron insuficientes ante el odio y la frialdad de Octavio. ¿Es que no era

ya lo bastante joven para embrujarle? ¿Acaso la verdadera causa de su fracaso fué que las fuerzas del Destino se declararon en contra de ella y que su pasado se alzó para aplastarla?

Y un día, mientras su carcelero, el eunuco Epafrodito (Octavio, conociendo el poder de seducción de Cleopatra, no se fiaba de ninguno de sus capitanes), fué a llevar un mensaje a Octavio, Cleopatra encerróse en un camarín del palacio con sus dos fieles servidoras, Eiris y Charmion, que deseaban compartir la suerte reservada a su ama.

En la carta escrita a Octavio, Cleopatra le suplicaba que la enterrasen junto a Marco Antonio.

Oculto en un ánfora, Cleopatra tenía un áspid. Experta en los venenos, sabía que la mordedura de esta víbora produce una muerte dulce, sin dolores ni convulsiones. Cleopatra y sus dos esclavas —en rasgo magnífico de lealtad— ofrecieron sus brazos a la mortal caricia del reptil.

Cuando los guardianes rompieron a golpes de hacha la puerta del camarín, las tres mujeres habían muerto.

Cleopatra estaba tendida sobre un

lecho de reposo, ataviada con la oriental magnificencia de su regia estirpe. Entre sus cabellos, en su pecho, en sus brazos, centelleaba un fabuloso tesoro de joyas orientales.

La descendiente de los Ptolomeo y de Alejandro Magno, Cleopatra, la sensual mujer que durante veinticinco años fué heroína, árbitro y dueño de la Historia del mundo, tuvo un trágico epílogo.

FIN